

# 2009

**Revista Electrónica Historias  
del Orbis Terrarum**

Edición y Revisión por la Comisión  
Editorial de Estudios Medievales

Núm. 03, Santiago

<http://www.orbisterrarum.cl>



## **El viaje al Paraíso: La espiritualidad celta a la luz de la *Navigatio Sancti Brendani.***

*Por Exequiel Monge Allen\**

### **RESUMEN:**

Se trata de una investigación histórica sobre esta singular fuente medieval irlandesa. Por su riqueza narrativa, en general se la ha estudiado como relato de viaje, y analizado en una perspectiva literaria. Este trabajo, en cambio, intenta desentrañar los aspectos ascéticos y espirituales que se encuentran presentes en la obra, para estudiarla como documento de espiritualidad y ejemplo de ascética.

\* Exequiel Monge Allen es estudiante de Licenciatura en Historia de la Pontificia Universidad Católica de Chile. Contacto: [monge.exequiel@gmail.com](mailto:monge.exequiel@gmail.com)

**EL VIAJE AL PARAÍSO:**

**La espiritualidad celta a la luz de la *Navigatio Sancti Brendani***

**Por Exequiel Monge Allen**

## PRESENTACIÓN

Irlanda, durante los primeros siglos del medioevo, estaba lejos de ser una región marginal. En medio de las convulsiones de la época de las invasiones, en que las estructuras del Imperio se tambaleaban y la Iglesia del continente luchaba para mantener la paz en esos tiempos violentos, en la lejana y aislada isla florecía una civilización nueva, no romana, sino céltica y cristiana. Los antiguos clanes guerreros habían recibido a los misioneros, y éstos habían creado una iglesia adaptada a las necesidades de ese mundo rural y tribal: una iglesia no urbana ni diocesana, sino monástica. Esta Irlanda, poblada de monjes y monjas como ninguna otra región de Europa Occidental en esa época, fue la que produjo las grandes joyas de la orfebrería, la maravilla de los manuscritos, la fascinante literatura heroica, y la personalidad de aquel san Columbanus († 615), con el que las iglesias de Francia, Suiza e Italia contrajeron una gran deuda de gratitud.

El monacato irlandés, que floreció durante la Alta Edad Media en expresiones de singular belleza y sobre todo originalidad, tuvo la penitencia por orientación principal. La penitencia entendida no como condición precaria de aquel que ha caído en desgracia y debe pagar sus culpas con castigos, sino como camino progresivo hacia mayor perfección. De aquí provienen dos rasgos característicos del cristianismo monástico irlandés: la confesión privada y secreta – tema del que hablaremos más adelante sólo en forma tangencial, ya que debería ser objeto de otro trabajo particular -, y el viaje penitencial.

Algunos monjes irlandeses, largamente entrenados en otro tipo de penitencias, abandonaban su monasterio, en compañía de algunos hermanos-seguidores, y partían para no volver más. ¿A dónde se dirigían? Lejos de la patria. Al abandono de los bienes materiales (pobreza), de la autonomía de la voluntad (obediencia) y de la vida familiar (castidad), se sumaba el abandono del hogar, de todo el propio mundo: el abandono de los paisajes familiares, la lengua, las costumbres, del lugar de la propia pertenencia. El dolor asumido de esa separación se deja sentir en este breve y conmovedor poema anónimo del

siglo XI: “Ojos azules / que volvéis la vista atrás / a las gentes de Irlanda / nunca más verán”<sup>1</sup>

Entre los viajeros-penitentes más célebres se cuentan sin lugar a dudas san Columba de Iona († 597) y san Columbano de Luxeuil. Sus “Vidas”, escritas poco después de sus respectivos fallecimientos por monjes de los monasterios por ellos fundados, están llenas del sentido que los cristianos celtas entregaban a aquellos largos viajes: sobre el tangencial sentido misionero, se encuentra en primordial sentido penitencial, de la *peregrinatio pro Christo*.

Sin embargo existe otra obra de la literatura medieval irlandesa, que cuenta la historia del más famoso de los viajes célticos: la *Navigatio Sancti Brendani*, “la navegación de san Brendan”<sup>2</sup>.

Escrita cerca del año 900 por un irlandés anónimo, la *Navigatio* narra la maravillosa historia de la travesía que san Brendan († 577), abad del monasterio de Clonfert, emprendió con un grupo de monjes entre 512 y 530, a través de las aguas desconocidas del Atlántico, hacia la *Isla de la Promisión de los Santos*.

La narración inicia cuando san Brendan es visitado por otro monje santo de su mismo clan, un tal Barinthus<sup>3</sup>, que le cuenta acerca de esta isla maravillosa que él mismo ha visitado. Deseando conocerla, san Brendan se embarca con sus compañeros<sup>4</sup>. Pero no se trata de un viaje común hacia una tierra común: en el mar encontrarán doce islas, pobladas con extraños y diversos personajes.

Brendan y sus compañeros tienen una orden que obedecer: entre las doce islas, cuatro han sido señaladas por los mensajeros de Dios para que ellos celebren ahí las grandes fiestas litúrgicas, durante siete años: al cabo de los cuales, obedecida esta orden, encontrarán la Tierra de la Promisión de los Santos<sup>5</sup>.

Pero en el tiempo que va de Pentecostés a Navidad, Brendan y los suyos no están quietos: siguen navegando, y encuentran peligros en el mar – como el gigantesco *iasconius*, la más grande de las criaturas marinas sobre cuyo lomo tienen orden de celebrar la vigilia

<sup>1</sup> GALILEA, H. (selección y traducción), *Poemas monásticos de Irlanda*, Ed. Universitaria, Santiago 1976, p. 26.

<sup>2</sup> He preferido la traducción inglesa del nombre sobre la española (Brandán) y la latina (Brendanus) por ser más fiel al original gaélico.

<sup>3</sup> Cfr. NSB I § 2.

<sup>4</sup> Cfr. NSB IV § 2.

<sup>5</sup> Cfr. NSB XII § 3; XIV § 1.

de Pascua<sup>6</sup> -, islas cuyas aguas están prohibidas o encantadas<sup>7</sup>, y banquetes que se sirven por sí mismos<sup>8</sup>; el santo asceta Pablo en su isla-eremitorio<sup>9</sup>, la misteriosa columna gigante<sup>10</sup>, y la isla de mismísimo infierno<sup>11</sup>, donde se entrevistan con Judas<sup>12</sup>.

Este viaje maravilloso, en que el héroe y los suyos son arrastrados a través de maravillas y peligros hacia un destino fabuloso y paradisíaco, nos parece similar al de Odiseo, y muy lejana en cambio de las hagiografías contemporáneas y la literatura ascética del mundo monástico; y es por esto que la erudición ha tenido preferentemente a ubicar la *Navigatio* en el género literario de los *immram*, los relatos de viaje de la tradición céltica. San Brendan sería la máscara cristiana para un héroe como los de antaño, viajero audaz y poderoso, protagonista de fascinantes aventuras.

¿Pero puede ser esta la última palabra acerca de la *Navigatio Sancti Brendani*? ¿Cabe situarla dentro del gran género de los relatos de viaje, de los libros de maravillas, de las leyendas de lo exótico? ¿Es realmente San Brendan un héroe celta disfrazado de monje cristiano?

---

<sup>6</sup> Cfr. NSB X § 1; XII § 1.

<sup>7</sup> Cfr. NSB XV; XX.

<sup>8</sup> Cfr. NSB I – VII.

<sup>9</sup> Cfr. NSB XXXIII – XXXIV.

<sup>10</sup> Cfr. NSB XXVIII – XXX.

<sup>11</sup> Cfr. NSB XXXI

<sup>12</sup> Cfr. NSB XXXII.

## I. LA ISLA DE LOS SANTOS

Antes de la llegada de san Patricio a Irlanda a mediados del siglo V, la isla era una región más bien marginal del mundo céltico. Gracias a las investigaciones arqueológicas ya clásicas de Françoise Henry (1920 – †1980), sabemos por ejemplo que el estilo La Tène, de origen helvético, llegó a Irlanda y se difundió con bastante atraso con respecto a las poblaciones célticas del continente. En cambio, los motivos propiamente irlandeses – como los espirales, de origen neolítico y no céltico - no se difunden fuera de la isla<sup>13</sup>.

A partir de las conquistas de Julio César sobre la Galia en el siglo I a.C., el mundo celta fue cayendo progresivamente bajo la dominación romana, y en las regiones ocupadas por las legiones, la cultura céltica poco a poco fue desapareciendo en favor de una latinización total. Pero en las islas británicas, donde el poder del Imperio se encontraba limitado por las dificultades geográficas, la cultura céltica pudo sobrevivir: en Cornualles y Gales que estaban protegidos gracias a los pantanos y las montañas; en Escocia que quedó aislada tras el Muro de Adriano a partir de 122; y por supuesto Irlanda, donde ningún legionario llegó jamás, separada de la influencia romana por el canal conocido como “Mar de Irlanda”. Este es el pequeño mundo en el cual la cultura celta quedó recluida, refugiada, como esperando la llegada de una fuerza que la sacase de tan estrechos límites.

Dicha fuerza fue el cristianismo. Después de la breve misión de Paladio († 431 aprox.), cuyo alcance e importancia no ha podido ser adecuadamente evaluada, fue san Patricio el autor de la evangelización de Irlanda. El personaje mismo presagia las características que llegaría a tener el cristianismo irlandés. Patricio, de origen británico, había sido enviado a Irlanda como obispo misionero, por el papa Celestino I. Fundó en Irlanda una iglesia sobre la base de los modelos continentales, asentándola sobre una sede diocesana de la que se convirtió en primer titular. Pero como señala John Ó Ríordáin, es muy posible que el mismo Patricio haya sido monje en la isla-monasterio de Lerins<sup>14</sup>, uno

<sup>13</sup> Cfr. HARRIBSON, P. *L'Arte Medievale in Irlanda*, Ed. Jaca Book, Milán 1999, p. 13.

<sup>14</sup> Cfr. Ó RÍORDÁIN, J. *I primi santi d'Irlanda. Vita e spiritualità*, Jaca Book, Milán 2005, p. 12.

de los principales centros monásticos del occidente pre-benedictino, donde florecía la espiritualidad monacal y se derramaba sobre toda la Galia.

Patricio, en su *Confesión*, señala que en Irlanda el monacato llegó junto con el cristianismo<sup>15</sup>: es posible que la formación monástica del primer obispo lo haya llevado a promover incluso personalmente el monacato. Pero pronto los monasterios empezaron a adquirir en Irlanda una posición extraordinaria.

Para el mundo rural y tribal de los irlandeses, el sistema urbano-diocesano del continente, donde la evangelización operaba gravitando sobre la sede episcopal, era inadecuado. En Irlanda no había ni una sola ciudad apta para convertirse en sede episcopal, y no había tampoco voluntad de establecer una “capital” donde sentar a un metropolitano. En cambio, los monasterios – independientes entre sí, vinculados por sangre y afecto a los clanes locales, a los que pertenecían la mayoría de los monjes – eran mucho más fáciles de incorporar en el mundo político y social irlandés.

Por esto, hacia el siglo VII la iglesia irlandesa había adquirido una fisonomía única. El territorio estaba dividido no en diócesis sino en *paruchie*, a la cabeza de cada cual no había un obispo sino un abad – ordenado normalmente como presbítero – de la misma familia del santo fundador (ejemplo: san Adamnan de Iona pertenecía al clan Uí Néill, igual que san Columba, el fundador<sup>16</sup>). Sometido a la autoridad del abad, titular de la *potestas jurisdictionis*, se encontraba incluso el obispo, en posesión únicamente de la *potestas ordinis* – la capacidad de conferir los sacramentos -<sup>17</sup>.

Para conocer el monacato irlandés es importante intentar rastrear sus orígenes, las influencias que lo marcan. Como todo el monacato, en última instancia encuentra sus orígenes en los ascetas solitarios de Egipto; y como todo el monacato antiguo, tuvo por maestros a san Antonio el Ermitaño († 356) (conocido en todo el Occidente por la *Vida de Antonio*, escrita por san Atanasio de Alejandría) y san Pacomio Abad (348) (cuya regla san Jerónimo tradujo al latín y difundió en occidente en 404). Sin embargo, el monacato irlandés tiene grandes similitudes con el monacato galo del período inmediatamente anterior – al cual, como hemos dicho, parece haber pertenecido san Patricio -: en Tours, el

<sup>15</sup> “...Los hijos de los irlandeses [scotti] y las hijas de los jefes se han hecho monjes y vírgenes de Cristo”. PATRICIO, SAN. *Confesión*, 41.

<sup>16</sup> Cfr. LAWRENCE, C. H., *El monacato medieval*, Ed. Gredos, Madrid 1999, 68.

<sup>17</sup> Cfr. *Ibid.*, p. 67.

obispo san Martín († 397) había fundado el monasterio de Marmoutier; san Honorato († 429) había fundado una colonia de monjes, cenobitas y eremitas, en Lerins. En la isla y en Apt estuvo san Juan Casiano († 435), el monje de origen rumano que tras viajar por todo el Oriente y empaparse de la sabiduría de los grandes maestros de la ascética, la sintetizó para la edificación de los monjes occidentales en sus *Colationes e Institutiones*.

Como en Lerins, el monacato Irlandés es de tipo mixto. Conviven el *cenobio* pacomiano (del griego *konié* y *bios*, “vida común”) y la *laura* antonina. Como en la síntesis de Casiano, la vida común es considerada como una escuela que prepara al monje para enfrentar la vida solitaria, que es su objetivo<sup>18</sup>. Pero esta vida eremítica no significa una soledad total ni radical, sino un mayor grado de intimidad con Dios: los eremitas irlandeses habitan en proximidad, comparten las comidas, algunas oraciones y la celebración de los sacramentos; y están bajo la autoridad de un abad. Los monjes ermitaños del abad Merconatus, de los que nos habla la *Navigatio Sancti Brendani*, por ejemplo: “vivían dispersos, pero en la misma esperanza, fe y caridad y celebraban juntos los oficios divinos”<sup>19</sup>. Se parece mucho a la vida de los ermitaños de raíz antonina del desierto de Tebaida<sup>20</sup>.

Junto con estos aspectos estructurales, el monacato irlandés tomó del oriental muchos de sus ideales y métodos. El ideal del monacato es la perfección: es la unión total del alma con Dios. El método para alcanzar ese estado es la cooperación de toda la persona en la obra redentora de Cristo, la adhesión total de la libertad a esta obra. Pero esta libertad es la que el cristianismo considera herida por el Pecado Original: entonces, la recuperación de la propia libertad es una lucha intensa contra aquello corrupto que hay en el alma, contra la mancha del pecado que impide al hombre seguir a Dios. *Milita est vita hominis super terram*<sup>21</sup>. La penitencia, que es el rasgo distintivo del monacato, es la forma de esa lucha: la lucha contra la enfermedad espiritual del pecado, y contra el diablo, que es su principal promotor.

<sup>18</sup> Cfr. LAWRENCE, C. H., *El monacato medieval*, Ed. Gredos, Madrid 1999, p 68.

<sup>19</sup> NSB I § 2.

<sup>20</sup> “A cada grupo de ellos se le denominaba *laura*, palabra griega que quiere decir sendero o pasaje, y, al parecer proviene del sendero común que conectaba las diversas cuevas de los monasterios de la montaña de Judea. En el centro de la colonia se levantaba un complejo de edificios, que comprendían las panaderías y la iglesia, donde se reunía todo el grupo de ermitaños los sábados y domingos para la oración común y la celebración semanal de la misa”. LAWRENCE, C. H., *El monacato medieval*, Ed. Gredos, Madrid 1999, p. 21.

<sup>21</sup> Job 7, 1.

En Irlanda, estos ideales ascéticos se convirtieron en un motivo más para el auge del monaquismo. La tradición épica irlandesa honraba a los héroes, a los que imaginaba de tipos diversos (desde el belicoso Cu Chulainn hasta el noble Fionn McCumhail y el sabio bardo Amairgin). Al cristianizarse, Irlanda incorporó al santo asceta a su panteón de héroes, y lo puso en el lugar principal.

El santo irlandés es el guerrero consumado, el que ha superado la gran lucha de la vida, el que ha recorrido hasta el final el camino de la penitencia, y ha alcanzado una vida que es unión cotidiana y total con Dios. Sus marcas son la sabiduría (la profecía), el poder (los milagros) y la caridad (la ternura). No necesita de los demás hombres, pero permanece con ellos por amor, para custodiar y guiar su camino; preferiría la vida eremítica, pero vive en comunidad para ser padre espiritual de muchos hijos. San Columbano, por ejemplo, en la *Vida* escrita por Jonás de Bobbio, vive en una cueva, alejado de sus monjes; se acerca al cenobio sólo cuando éstos necesitan su ayuda<sup>22</sup>.

Pero, ¿en qué consiste la penitencia? La penitencia es una actitud de realismo: es el reconocimiento de que en el hombre hay algo débil, enfermo y torcido, que impide que las buenas intenciones y deseos lleguen a su objetivo sin dificultad. Es, por lo tanto, una exhortación constante a la vigilancia, a vivir la vida como tensión, a estar siempre dispuesto a cambiar para mejor: la vida como conversión constante, como interminable *metanoia*.

La forma de vivir la penitencia dentro de la espiritualidad monástica es ponerse bajo la autoridad de otro: el primer rasgo de la penitencia, el más importante y vital, es la obediencia. Juan Casiano dice, en sus *Instituciones Cenobíticas*, "... se apresura a conseguir con todo empeño y emulación la virtud de la obediencia. Ésta la prefieren no sólo al trabajo manual, a la lectura, al silencio y la quietud de la celda, sino que también a todas las virtudes. Así posponen todas las cosas a ella y toda pérdida les parece insignificante, con tal que no parezca que ha sido violado este bien de la obediencia en lo más mínimo"<sup>23</sup>. La obediencia es la virtud que marca la función pedagógica de la penitencia: es la autoridad la que sistematiza las demás formas de renuncia, ya sean vigiliias, ayunos o incluso castigos.

<sup>22</sup> "Vivía en una cueva de roca, separado de los otros monjes, y era su costumbre, morando en lugares ocultos o más lejanos en la espesura, de modo que cuando vinieran las fiestas del Señor o los días de los santos, pudiera, con la mente totalmente libre de otros cuidados, dedicarse él mismo a la oración, y estar listo para todo pensamiento religioso". JONÁS DE BOBBIO, *The Life of Saint Columban*, 16.

<sup>23</sup> CASIANO, J. *Instituciones cenobíticas*, IV, 12.

Porque todas esas cosas, llevadas a cabo por un ermitaño autónomo, podrían llevar al peor de los males: la soberbia.

La espiritualidad céltica es de gran profundidad, precursora en cierto sentido del gran misticismo del mundo moderno. El ideal de santidad es la libertad total del espíritu, y la sumisión de todo el mundo físico, de todos los particulares, al deseo del alma. Por esto, es también una espiritualidad de la pobreza y de la virginidad, del desprendimiento: el monje debe renunciar a ser definido, a ser poseído, por las cosas pequeñas de este mundo. No puede pertenecer a su nombre ni a su sangre, a sus riquezas ni a su casa, ni siquiera a una persona amada o a una familia. Depender de Dios, y no depender de nada más.

Todo esto era vivido igualmente por todos los monjes, por lo menos como ideal. Pero los monjes de Irlanda vivieron una forma extraña y particular de mortificación, una renuncia que no tiene precedente en otros lugares: el autoexilio llamado *peregrinatio pro Christi*.

El rasgo penitencial de estos viajes no puede dejar de sorprendernos. ¿Por qué sólo en Irlanda se dio este fenómeno tan peculiar? ¿Por qué los monjes de Irlanda, los santos de Irlanda, decidieron renunciar también a aquello que los demás monjes del mundo, tan santos como eran, no renunciaron? Seguramente la respuesta la encontremos en este otro poema monástico del siglo IX: “No hay mansión más bella / que mi pequeño oratorio / de ordenadas estrellas. // Dios urdió como un jardín / su techumbre de paja seca / y en él no siento la lluvia / ni los bullicios de afuera. // Mi pequeño oratorio brilla / sin que lo cubra la hiedra.”<sup>24</sup>. Los irlandeses vivían un aprecio por su tierra, por su hogar, por el lugar de su pertenencia, que era muy intenso. La poesía monástica irlandesa está llena de ternura por los detalles de la naturaleza, del paisaje, de la topografía: nada parecido se advierte en la solemne literatura de los padres del desierto. Así pues, existía un vínculo, un afecto mundano, un yugo terrenal que levantar aún después de abrazar la obediencia, la pobreza y la virginidad. Había que renunciar a Irlanda. “Ojos azules que volvéis la vista atrás, a las gentes de Irlanda nunca más verán”<sup>25</sup>: es imprudente hablar de nacionalismo o de patriotismo en un período tan temprano, pero no se puede negar que en esta poesía se advierte un tierno amor por aquella tierra y sus cosas. Así pues, viajar para no volver, es

---

<sup>24</sup> GALILEA, H. (selección y traducción), *Poemas monásticos de Irlanda*, Ed. Universitaria, Santiago 1976, p. 23.

<sup>25</sup> Ver cita 1.

quizás el más arduo sacrificio. Por eso fueron pocos los santos que llegaron a esta altura, a este nivel de libertad, y fueron los más grandes santos de Irlanda: San Columba – cuya fama era tal que su nombre fue invocado por los representantes del “partido” céltico en el sínodo de Whitby, y comparado con la autoridad de los Apóstoles<sup>26</sup> – abandonó su natal Ulster para viajar a Escocia, donde fundó el monasterio de Iona, llevó a cabo la evangelización de los pictos, y murió lejos de Irlanda. San Columbano partió de la compañía de su maestro san Congall, en Bangor, para dejar los huesos en la lejana Italia, donde descansan hasta hoy en el monasterio de Bobbio.

Hemos presentado a la iglesia de Irlanda y su particular espiritualidad, desde aquello que tenía en común con el monacato oriental hasta aquellas particularidades propiamente célticas. Ahora empezaremos a buscar en la *Navigatio Sancti Brenandi* los rasgos de esta espiritualidad, profundamente cristiana y monástica, del santo heroísmo y de la libertad del alma.

---

<sup>26</sup> Cfr. BEDA, *Historia ecclesiastica gentis anglorum*, XXVI.

## II. LA *NAVIGATIO SANCTI BRENDANI* COMO VIAJE PENITENCIAL

### 1. El Santo

La *Navigatio Sancti Brendani* no es una *Vida*, como las de Columba y Columbano: no es una biografía pormenorizada. Empieza con una sencillísima descripción: “San Brendan nació en la región pantanosa de Munster, hijo de Finnlug Ua Alta, del linaje de Eoghan. Fue varón de gran abstinencia y muchas virtudes, patriarca de tres mil monjes”<sup>27</sup>. No nos da explícitamente más datos sobre la vida de san Brendan, no enumera ni explicita sus virtudes, y no nos cuenta acerca de su muerte.

La *Vida de Columbano*, otro de los grandes viajeros irlandeses, es rica en detalles: inicia aún antes del nacimiento, contándonos de cómo lo esperaba su madre, entre visiones proféticas y oraciones<sup>28</sup>, y sobre cómo lo educó de niño, haciendo que la inteligencia y la piedad fuesen a la par con la belleza y la fuerza<sup>29</sup>. Luego nos cuenta cómo asombra a sus maestros<sup>30</sup> y cómo se convierte en el más brillante de los hijos de otro gran santo: san Congall de Bangor<sup>31</sup>. A partir de aquel punto, los hechos narrados de la vida de san Columbano irán ilustrando, ejemplificando, la excelencia de sus virtudes y la profundidad de su unión con Dios – según las tres dimensiones de sabiduría, poder y caridad-.

A san Brendan, en cambio, debemos conocerlo, en una obra que no se ha propuesto darnoslo a conocer. ¿Por qué? Porque como santo-héroe, como padre, como abad, es la figura mayor y principal del viaje penitencial del que participan los otros monjes. San Brendan, como titular de la autoridad, es el responsable por el éxito del viaje y el bien de sus compañeros.

La forma en que san Brendan ejerce la autoridad llama la atención: tras escuchar el relato maravilloso de Barinthus sobre el viaje a la Isla de la Promisión de los Santos, se dirige a sus monjes en éstos términos: “Compañeros míos amantísimos, espero de vosotros

---

<sup>27</sup> NSB I § 1.

<sup>28</sup> VSC 6 § 3 – 4.

<sup>29</sup> VSC 7 § 1.

<sup>30</sup> VSC 8

<sup>31</sup> VSC 9.

consejo y ayuda, porque mi corazón y todos mis pensamientos están puestos en un deseo. Si es la voluntad de Dios, es el propósito de mi corazón buscar la tierra *de repromisión de los santos* de la que nos habló san Barinthus. ¿Qué pensáis de ello y qué consejo podéis darme?”. Y la respuesta de los monjes: “Tú voluntad es la nuestra. ¿Acaso no nos separamos de nuestros bienes terrenos y pusimos en tus manos nuestros cuerpos? Estamos por tanto preparados para ir, ya sea a la vida, ya sea a la muerte. Nuestro deseo no es otro que la voluntad de Dios”<sup>32</sup>. La autoridad de san Brendan es total entre los suyos, pero no es despótica. No tiene que amenazar, ni gritar, ni imponer: los otros son dóciles a su deseo. Es una obediencia que se vive dentro del afecto.

Durante el camino, Brendan será el encargado de recordarles la gran lección del viaje: que están en las manos de Dios, y que todo depende de Él. Que cada uno de los pasajes que recorren, de los momentos que viven, es un gesto de Su pedagogía. Por esto, cuando tienen sed frente a la primera isla, es san Brendan el que les prohíbe beber antes de encontrar donde desembarcar: “Dios todavía no ha querido enseñarnos puerto y vosotros queréis aprovisionaros sin Su permiso”<sup>33</sup>. Pero es también el que los envía a descansar cuando el momento de la renuncia y la fatiga ha terminado: después de haber comido el banquete misterioso servido por la misma providencia, con un ternura más propia de padres terrenales que de directores espirituales los envía: “Descansad; cada uno en uno de estos lechos tan bien dispuestos. Conviene reposar los miembros, tan fatigados de los últimos trabajos”<sup>34</sup>.

San Brendan, además de este rol pedagógico de tensión ideal – de marcar los momentos de rigor y de descanso para todos – también exhibe las características de la santidad que antes nombramos. Tiene el don de la profecía como signo de su sabiduría cumplida<sup>35</sup>; con su fe puede incluso obligar a los demonios a obedecerle<sup>36</sup>, pero más propia de su personalidad es la ternura con la que consuela al pecador arrepentido que está a punto de morir<sup>37</sup>, como ayuda a los hermanos a subir al barco tomándolos de la mano<sup>38</sup>, la forma

<sup>32</sup> NSB III § 1.

<sup>33</sup> NSB V § 1.

<sup>34</sup> NSB VI § 2.

<sup>35</sup> Cfr. NSB: V § 1; VII § 2; etc.

<sup>36</sup> “¿Eres acaso señor de todos nosotros para que tengamos que obedecer?’. ‘No – respondió san Brendan – pero soy siervo del Señor y hablo en su nombre”. NSB XXXII § 4.

<sup>37</sup> Cfr. NSB VII § 15.

<sup>38</sup> Cfr. NSB XI § 1.

en que honra a san Albes cuando lo encuentra<sup>39</sup>, y el deseo que tiene de permanecer en aquel hermoso monasterio, viviendo la comunión que ha encontrado<sup>40</sup>.

San Brendan es pues un santo irlandés con sus rasgos totalmente claros. El camino penitencial en él un rostro totalmente humano: capaz de conmovearse con las cosas sencillas y bellas, capaz de compadecerse incluso de Judas quien sufre su merecido castigo, capaz de soportar los grandes sacrificios no con masoquismo o indiferencia, sino por el amor a aquel bien prometido.

Los monjes siguen a Brendan porque confían en la rectitud de su deseo: seguir al abad es dejarse guiar por una estrella confiable, por un corazón purificado que sabe que lo que desea y tiene la energía para seguirlo.

## 2. La providencia

La lección que más veces se repite en la *Navigatio Sancti Brendani* es la de la providencia. Dios, personaje que en la narración jamás habla por sí mismo y sin embargo no deja ni un minuto de comunicarse, ha dado al santo y a sus monjes algunas cosas.

Antes que nada, les ha dado una promesa: llegarán a la tierra de la Promisión de los Santos<sup>41</sup>. Segundo, les ha dado un método que seguir (un método que se expresa como orden): navegar durante siete años, deteniéndose cada año en cuatro islas específicas para celebrar en ellas las grandes fiestas litúrgicas<sup>42</sup>. Tercero, les ha prometido sostenerlos en el viaje; y lo que ha prometido, lo cumple. A veces en forma ordinaria, como con aquel misterioso benefactor que les llevaba comida desde la isla de los rebaños<sup>43</sup> – donde debían celebrar Jueves Santo – hasta la isla del paraíso de los pájaros – donde debían permanecer desde Pascua hasta Pentecostés<sup>44</sup>; a veces extraordinaria, como el banquete misterioso de

---

<sup>39</sup> Cfr. NSB XVI § 1.

<sup>40</sup> Cfr. NSB XIX § 4.

<sup>41</sup> Cfr. NSB XII § 3.

<sup>42</sup> Cfr. NSB XIV § 1.

<sup>43</sup> Los nombres con los que me refiero a las islas son, en algunos casos, propuestos por mí.

<sup>44</sup> Cfr. NSB XIII § 2.

la primera isla<sup>45</sup>, la bestia marina de cuyo cadáver se alimentan<sup>46</sup> y el águila que les lleva fruta<sup>47</sup>.

La providencia, fiel en lo ordinario y solícita en lo extraordinario, es un gesto pedagógico de Dios en el cual se coordina con el santo como profeta. A través de la fidelidad de Dios en los gestos de providencia a los cuales se ha comprometido, los monjes aprenden a confiar en Su promesa. A través de la generosidad en aquellas situaciones imprevistas y peligrosas, no contenidas en la promesa, los monjes aprenden a confiar en Su misericordia.

La providencia es pues, en relato, la forma en que se expresa de manera más radical la presencia de Dios como factor definitivo de la realidad. Nada es más real que la providencia. Y el pecado del que san Brendan constantemente advierte a los suyos es el de creer que tienen que proveerse por sí mismos de las cosas, que tienen que preocuparse por ellos mismos. No. El trabajo del monje es cumplir con su parte: Dios se preocupará de cumplir con la suya.

### 3. La liturgia

No puede dejar de llamarnos la atención el contenido de la orden de Dios. Dios no ha pedido a los monjes de san Brendan ningún acto filantrópico y tampoco ninguna extravagancia ascética. Les ha pedido una pequeña fidelidad. Y es una fidelidad idéntica a la que Cristo pidió los Apóstoles: la fidelidad de la conmemoración, la fidelidad de la memoria<sup>48</sup>.

Cada año de los siete<sup>49</sup> que Dios les ha ordenado peregrinar, deben celebrar: Jueves, Viernes y Sábado Santo en la isla de los rebaños<sup>50</sup>; la vigilia de Pascua, sobre el lomo de la

---

<sup>45</sup> Cfr. NSB VI § 2.

<sup>46</sup> Cfr. NSB XXIII § 2.

<sup>47</sup> Cfr. NSB XXV § 1.

<sup>48</sup> Lc 22, 19.

<sup>49</sup> He decidido no detenerme en el contenido simbólico del *la Navigatio*, pero no puedo evitar señalar aquí que el número siete es el de los días de la creación, y el de las edades del mundo. Por lo tanto aquí se revela con particular claridad cómo el viaje de san Brendan y sus compañeros es el viaje de la vida misma, de cada hombre y del mundo entero, hacia el Octavo Día, en que llegarán a la Tierra de la Promisión, que es el día de la eternidad.

<sup>50</sup> “Hagamos aquí el oficio divino. Sacrifiquemos a Dios una hostia inmaculada porque hoy es la cena del Señor”. En otros lugares se ha errado en hacer una traducción literal, y dice “sacrifiquemos un cordero inmaculado”. NSB IX § 1.

más grande de las bestias marinas, llamada *Iasconius*<sup>51</sup>; desde el día de Pascua hasta el final de la octava de Pentecostés, en la isla del paraíso de los pájaros<sup>52</sup>; desde Navidad hasta Epifanía, en la isla de san Albes<sup>53</sup>.

Movidos por el viento más que por la fuerza de los remos, sin prisa ni tormento, alimentados por la providencia: el cumplimiento de la orden de Dios es facilísimo. ¿Por qué? Porque en el fondo la única facultad que al monje le interesa realmente ejercitar es la de la libertad, y todas las virtudes – con la obediencia a la cabeza – se cultivan para defender a la libertad.

#### 4. La ultraterrenalidad radical de la *Terra Repromissionis*

En una nota anterior, afirmé el carácter alegórico de la *Navigatio* en el sentido de que los siete años del viaje representan los siete días de la creación y las siete edades del mundo. Ciertamente la idea del viaje, marcado por la ciclicidad fiel de la liturgia, consolado por la promesa del destino, sostenido por la providencia y guiado por la autoridad, es una imagen clarísima de la vida del cristiano, al cabo de la cual se encuentra efectivamente la Tierra Prometida a los Santos.

Pero a un cierto punto, nos damos cuenta que la *Navigatio Sancti Brendani* no está compuesta como alegoría, salvo que admitamos que fue vivida como alegoría – cosa que estaría más dispuesto a reconocer -.

La Tierra de la Promisión de los santos se encuentra surcada por un ancho río<sup>54</sup> que no se puede atravesar: una frontera custodiada por un guardián angélico que explica a los afortunados visitantes que no se puede ir más allá de aquel límite. El mismo límite que conoció Barinthus lo conoce Brendan: los vivos no pueden ir más allá del río, no pueden conocer la profundidad del paraíso, que está reservada a los que llegan al final del verdadero viaje.

---

<sup>51</sup> Cfr. NSB X – XI.

<sup>52</sup> Cfr. NSB XII § 4.

<sup>53</sup> Cfr. NSB XIX.

<sup>54</sup> Cfr. NSB II § 4; XXXVII § 1.

El paraíso es terrenal en la *Navigatio*, pero no totalmente. Es temporal, pero no totalmente. Tiene su puerta, su frontera en este mundo. Pero se extiende más allá de este mundo, hacia la eternidad.

Pero el viaje no ha sido en vano: en las puertas del paraíso, en la parte conocible de la Tierra de la Promisión de los santos, los monjes recogen frutos y gemas<sup>55</sup>, y se llevan en la ropa el buen olor de lo sagrado<sup>56</sup>. Esta es la experiencia de la santidad.

---

<sup>55</sup> Cfr. NSB XXXVII § 2.

<sup>56</sup> Cfr. NSB II § 5.

## CONCLUSIÓN: LA PENITENCIA Y LA SANTIDAD

Nuestro siglo vive una gran confusión con respecto a la palabra “santidad”: doscientos años de humanismo y liberalismo nos han hecho creer que “santidad” es la palabra cristiana y un poco primitiva para decir “bondad” o “filantropía”. No es así.

La santidad es la experiencia de la verdad hecha carne, de la verdad vivida. En la realidad, los hombres siempre experimentan una desproporción, una diferencia de calidad entre lo que desean y lo que encuentran, entre lo que sueñan y lo pueden lograr: como si estuviesen hechos para un mundo que no es este mundo. Esto en cierta forma es real desde el punto de vista cristiano – y desde el punto de vista del medioevo irlandés -, pero no del todo. El hombre está hecho para este mismo mundo, pero salvado. Este mundo, pero sanado de todas sus heridas y con todas sus fuerzas renovadas, disparado como una flecha hacia su cumplimiento definitivo, hacia su perfección.

En la historia, sólo el cristianismo ha acogido totalmente este deseo humano de que aquello que el hombre conoce y ama sea purificado hasta la perfección.

La santidad, concepto puramente católico del que el mundo se ha visto despojado desde la “Reforma”, es la realización histórica de la salvación: la realización cotidiana, concreta de la restauración del mundo que no estará completa sino hasta el Último Día. Los santos son hombres verdaderos. Hombres cuya libertad adherida al plan de Dios los ha hecho volver a erguirse en la mayor parte de su estatura, de su dignidad humana original: ver el rostro de los santos es ver el rostro que debería tener todo hombre, según su Creador.

Alrededor de los santos, el mundo empieza a cambiar, empieza a volver a ser él mismo: y así vemos en nuestra *Navigatio* que alrededor de san Brendan las cosas “funcionan”. Los peligros se resuelven, los animales son dóciles y útiles, el viento sopla a su favor, las promesas se cumplen, los pecadores arrepentidos se salvan, el futuro se desentraña (las profecías), los hermanos se reencuentran... ¿Por qué?

Porque alrededor del santo, alrededor de san Brendan, se vive la fidelidad, la confianza, el abandono total que Dios pide como única condición para obrar sus milagros. Y esto supera el fragor de toda la lucha, la fatiga de toda la penitencia. “Nada malo hemos de esperar de esta lucha, sino que redundará en la gloria de Dios”<sup>57</sup>

---

<sup>57</sup> NSB XXIII § 2.

## BIBLIOGRAFÍA

ANÓNIMO IRLANDÉS. *Navigatio Sancti Brendani*.

JONÁS DE BOBBIO, *The Life of Saint Columban*.

COLUMBA, SAN. *Regla*

ATANASIO, SAN. *Vida de Antonio*, Ed. Ciudad Nueva, Madrid 1995

CASIANO, J. *Instituciones cenobíticas*, Vol. 1, Ed. Ecuam, Buenos Aires 1995.

LAWRENCE, C. H., *El monacato medieval*, Ed. Gredos, Madrid 1999.

HARRIBSON, P. *L'Arte Medievale in Irlanda*, Ed. Jaca Book, Milán 1999. Traducción de Andrés Basoalto y Exequiel Monge.

FAGNONI, A. M., *Oriental Eremitical Motifs in the Navigatio Sancti Brendani*, en *The Brendan Legend* (ed. Burges, G. y Strijbosch, C.), Ed. Brill, Boston 2006.

MCNAMARA, M., *Navigatio Sancti Brendani. Some possible connections with liturgical, apocryphal and Irish tradition*, en *The Brendan Legend* (ed. BURGES, G. y STRIJBOSCH, C.), Ed. Brill, Boston 2006.

GALILEA, H. (selección y traducción), *Poemas monásticos de Irlanda*, Ed. Universitaria, Santiago 1976,

Ó RÍORDÁIN, J. *I primi santi d'Irlanda. Vita e spiritualità*, Jaca Book, Milán 2005

## SIGLAS

NSB: *Navigatio Sancti Brendani*

VSC: *Vida de San Columano*